

## EL INDIANO

### 1

Los niños, cogidos de la mano, corretean en corro alrededor de los restos, ya fríos, del fuego. No pueden verme, pero yo, sentado entre las ramas de mi árbol, sabiéndome ya seguro y a salvo, sigo sus juegos atentamente, escucho sus cantos alegres, esa coplilla que les acompaña en su accidentada danza sobre las piedras y ramas abandonadas. Ahora estoy tranquilo porque la persecución terminó hace días.

De nuevo me pregunto porqué volví a este lugar. Supongo que por la misma razón por la que me marché de él una mañana de junio, porque sentía que el aire me pesaba sobre los hombros, porque al mirar atrás no veía nada y al volver la vista al frente tampoco veía nada. Entonces era muy joven y creía que el mundo acababa en las rías, pero empezaron a llegar noticias de un mundo nuevo, fértil, un campo por abonar con el sudor y la fe, que representaba para mí la oportunidad de huir de este lugar que se tornaba inhóspito a pasos agigantados. Con diecisiete años y un cuerpo curtido por los golpes del hacha sobre los troncos de los robles, mi corta vida ya me parecía acabada, sin posibilidad de avance o cambio. Me gustaba escuchar las historias de los caminantes, peregrinos las más de las veces, y de los pocos marineros que atravesaban esta tierra camino de la costa, que no estaba lejos, pero el entusiasmo que despertaban en mí los relatos de sus correrías y aventuras se apagaba pronto cuando la certeza de que yo no era uno de ellos se imponía de forma tan rotunda como un árbol que cae arrastrado por su propio peso.

Lo que terminó de decidirme fue la preñez de Justina. A pesar de nuestros escasos, torpes y breves encuentros en el bosque, había quedado encinta a sus catorce años. Y yo ni siquiera sabía lo que era el amor. Justina era una chiquilla que me divertía, que había despertado en mí el placer que se desprende de la inocencia entretejida con el juego de lo prohibido, que me había convertido en un hombre a los ojos de mis compañeros, aunque para mí no era más que un desahogo la más de las veces y un poco de compañía exenta de la crudeza y grosería que imperaba en el bosque y en la taberna, pero eso no quería decir que estuviera dispuesto a cargar con ella.

Cuando Justina me abordó en el camino vecinal que me llevaba de mi casucha al monte, justo donde la tapia del cementerio se cortaba privando de su sombra, oí el graznido de un cuervo y levanté la vista. Al bajarla unos segundos después, había miedo en mis ojos e inquietud en los suyos. Yo intuía que se desplomaba mi mundo conocido y en ese momento mi cabeza decidió que había que partir. Ella vio todo esto como si leyera en un cantar de ciego y el miedo se trasladó a sus pupilas. Su mundo de gacela despreocupada se desmoronaba como un castillo de barro bajo el

aguacero. No hubo necesidad de palabras. Supongo que yo esperaba el desenlace tarde o temprano. Ese mismo día los rumores que corrían sin enmascarar por las cuatro callejas de la aldea confirmaron lo que ya sabía, y sin contar con mi beneplácito se empezaban a organizar los festejos de mi boda.

Una semana más tarde, que yo pasé apegado a mi tarea de hacer añicos la madera que se amontonaba junto al río, traspasando a cada golpe de hacha la fuerza que necesitaba para tomar una determinación, la única posible, se celebraron mis nupcias con una Justina llorosa y con náuseas en la pequeña ermita, que me pareció más gris y sofocante que nunca. Su padre tenía cara de pocos amigos, supongo que por dos buenas razones: en primer lugar porque su única hija era motivo de burla y su deshonra rodaba de boca en boca por toda la comarca, y en segundo lugar, y ésta era una razón más inquietante, porque siendo como era dueño de una taberna conocía de sobra el talante y el porvenir de todos los hombres jóvenes, y no tan jóvenes, del pueblo y sabía que su hija casaba con un gañán sano y fuerte pero impulsivo y pobre, que para más inri tenía la cabeza a pájaros y no pensaba más que en glorias y eldorados. Quizás por eso se tomó tantas molestias en encadenarme a su hija lo antes posible, sin darme tiempo a reaccionar, para poner lastre a mis ansias aventureras y asegurarse un padre para su nieto y un sustento para su Justina, que en cuestión de días había perdido su frescura y lozanía de niña.

## 2

Al bajar del barco, un hombretón barbudo con espada ceñida a la cintura y la ropa tan raída que más parecía galeote que marino, trabó mis pies con un grito a mis espaldas ¡Eh, tú, chico! Echa una mano con estos desgraciados, hay que bajarlos del barco y enterrarlos. Como no me movía, aterrado ante la idea de tocar aquellos cuerpos cenicientos envueltos en trozos de lona, el marinero insistió ¿Cómo te llamas? Le dije que mi nombre era Antón Corredoira. Pues si quieres sobrevivir en este paraíso de víboras, Antón, tendrás que aprender a moverte rápido. Y así empezó mi nueva vida en una tierra nueva, ayudando a cavar tumbas para aquellos que habían corrido peor suerte que yo en una travesía de largas jornadas de sol y duras noches de frío, aquellos que exhalaban su último suspiro un par de días antes de tocar tierra, y que por insistencia del capitán, que quiso darles cristiana sepultura, no acabaron el viaje cayendo por la borda para alimentar a los monstruos marinos. Decidí pegarme como una sombra a Mendoza, el barbudo espadachín, que resultó ser hombre de recursos y pronto nos encontró acomodo y comida en San Isidro, la plaza mayor de aquel villorrio que empezaba a despuntar en aquel año de 1595. En pocas semanas, mi mentor regentaba una pulpería en una calleja adyacente a la gran plaza, que era el ombligo de una incipiente Santa María del Buen Aire, adonde llegaban barcos cargados de esperanzas, gentes de

toda ralea y condición, provisiones muy esperadas y una ineludible carga de fantasmas. Allí pasé diez años de mi vida, años llenos de extrañeza y olvido.

La primera tarea a la que me encomendé en cuerpo y alma fue a devolverle a Mendoza la ayuda y protección que me había brindado desde mi llegada al Río de la Plata. Pasé a ser su ayudante, su mano derecha, su fiel lacayo, su confidente, quien le servía de bastón para llegar al lecho después de ahogarse en aguardiente y blasfemias cuando perdía a los naipes, quien le observaba con admiración mientras le oía narrar cuentos milagros de puños y espadas, cuando lo veía cerrar un trato con diplomacia y astucia en el puerto. La segunda tarea a la que me enfrenté con ahínco fue a olvidar. Olvidar mi tierra, los robles talados, a Justina entre los helechos, y sobre todo olvidar que en mi precipitada y vergonzosa huida había dejado atrás un hijo. Muchas noches, en mi cama de piedra y basta tela sobre el suelo de la pulpería me decía que volvería con bolsas llenas de oro reluciente y un sombrero con plumas sobre mi cabeza bien alta, pero justo antes de dormirme rodeado de los olores del cuero sucio y del licor que empapaba las cubas, tenía la certera impresión de que me mentía a mí mismo.

Botas remendadas por una moneda, botas de piel nuevas por dos piezas, herraduras, fundas de espadas, vasos de latón y otras pertenencias aprovechables, recogidas, a veces negociadas, en el puerto, objetos que pertenecieron a aquellos cuyo viaje acabó antes de llegar, barricas de un aguardiente que nos dejaba abundantes ganancias, vino rojo y espeso como la sangre de vaca, algunos utensilios para trabajar la madera, algún morrión poco abollado, cuchillos, telas toscas, jubones agujereados, todo lo que podíamos conseguir a buen precio en nuestras rondas por el muelle cuando atracaban barcos, o en la plaza cuando descansaban las carretas que unos arrieros orondos y malencarados conducían desde Santa Fe. Esa era nuestra rutina, un oficio de buhoneros. En unos pocos años habíamos conseguido, Mendoza y yo mismo mano a mano, con la ayuda del mestizo en las últimas semanas de vida del patrón, sacar a flote el pequeño negocio y asegurarnos el sustento en un lugar enloquecido que crecía sin medida ante la llegada incesante de aventureros, soldados, comerciantes, emisarios de la Corona, maleantes, prisioneros, religiosos y quizás algún huido, como yo mismo, en busca de refugio.

Martín Panizo era un chico de edad indefinida y mente ágil que un buen día de enero del año 1601 se escurría entre la multitud que se agolpaba en la plaza de San Isidro. Era el día elegido para el ajusticiamiento de un reo, la hoguera sería su destino, las llamas la antesala de su infierno. Desde la llegada de la Santa Inquisición al Río de la Plata, mis ojos, que ya creía acostumbrados a todo tipo de vilezas, se sorprendían a menudo con el espectáculo grotesco de la quema pública, con una

multitud rugiente, exaltada ante los gritos inútiles del condenado. Lo que jamás tuve que ver en mi tierra me había perseguido hasta aquí, para recordarme que no había desembarcado en el Paraíso. Andaba yo temeroso, pues Mendoza llevaba tres días con sus noches sin aparecer por la pulpería, lo cual no era infrecuente cuando se enzarzaba en el juego y la compañía de alguna ramera india. Pero conociendo su talante pendenciero temía que fuera él el escogido para alimentar esas lenguas ardientes. Apostado en la esquina intentaba discernir al supuesto hereje sobre las cabezas de los convocados al acto, y en esto andaba cuando el chico llegó ante mí abriéndose paso a empellones. Le tomé del brazo y le pregunté si sabía a quien iban a freír. Un esclavo negro que se metió en la cama de su señora, dijo. Le solté el brazo tranquilo al saber que Mendoza podía estar desangrándose en una taberna, pero que no había llegado su hora de pagar por sus muchos pecados derretido como un trozo de sebo. El chico mestizo se acomodó a mi lado y ahí se quedó durante años, haciéndose hombre a mi sombra, tal y como hice yo junto al barbudo, que apareció horas más tarde desaliñado, envejecido y enfermo, cuando las ascuas de la pira todavía humeaban y las pavesas aún revoloteaban por la plaza tiznando la tarde de un horror silencioso.

La muerte de Mendoza se fue fraguando durante semanas desde aquella tarde en que providencialmente se nos unió Martín. Con el marino enfermo y debilitado, tuve que hacerme cargo de seguir engañando a los que se acercaban a nuestra almoneda en busca de un cuartillo de nuestro brebaje, una herradura no demasiado torcida, aparejos para sus bestias de tiro o un bocado de rienda simple, con el que un jinete avezado tiene siempre a su merced la voluntad de su caballo. También debía cuidar del testarudo Mendoza, que se afanaba por controlar todos mis movimientos a pesar de la fiebre y las llagas. Martín Panizo se quedó sin que se lo pidiera y fue de gran ayuda, aunque evitaba acercarse al desmejorado hombretón, que aunque había perdido fuerza y prestancia, asustaba al chico con sus rugidos desde el camastro y su aspecto de moribundo. Los últimos días se agarraba a mi brazo y a los recuerdos y me contaba algunas de sus hazañas y argucias. Fue entonces cuando supe de dónde había sacado el dinero para mantenernos vivos a nuestra llegada y hacer el pago del primer abastecimiento del almacén. Había vendido unos libros que trajo consigo escondidos en una barrica de doble fondo. Yo apenas si sabía leer y no entendía que alguien se desprendiese de una faltriquera llena de ducados por unos simples pergaminos, él se sonrió y me dijo que lo prohibido aumenta su valor por no estar a la vista ni al alcance de todos. Fue nuestra última conversación, no duró mucho. Lo enterramos de noche a las afueras, junto al río, bajo una ceiba frondosa. El aire de marzo nos hacía más difícil la tarea de cavar, congelándonos los dedos. Enterraba a alguien a quien no conocía bien y, a pesar de los cinco años transcurridos codo a codo con el muerto, no sentía nada excepto por el frío vespertino y un húmedo cansancio que se instalaría entre mis huesos durante un par de días dejándome algo aturdido. Frente a mí, el mestizo cavaba sin

decir una palabra, hablaba muy poco, era otro desconocido con el que empezaba un nuevo viaje que, curiosamente, también duraría unos cinco años.

Poco después de pisar aquellas tierras, Mendoza y yo presenciamos una escena que me habría de acompañar después durante algunas noches de incómoda vigilia. Conducíamos un carro hacia la villa, apenas a una hora de viaje, cuando oímos gritos. Mendoza paró a las mulas que empujaban nuestro cargamento, alarmado por los sonidos que nos llegaban nítidamente. Los aulladores estaban muy cerca, junto a la orilla. A unos metros de la vereda unos soldados habían atado un indio a un árbol. Colocados a unos pasos de él, los hombres reían y preparaban sus ballestas. Por turno fueron disparando sus saetas contra el indefenso, que se retorció haciendo sangrar su carne apretada bajo las ataduras. Uno de los jóvenes, con un libro abierto en su mano, leía en voz alta relatando el martirio de San Sebastián, que yo recordaba de misas llenas de amenazas de condenación y olor a ganado, mientras los otros torturaban al mártir indígena con sus flechas y sus insultos. Ésta era su forma de llevar la Verdad al nuevo mundo, así enseñaban las Sagradas Escrituras a los salvajes, con vivas representaciones del suplicio de los mártires. Nos marchamos sigilosamente para no interrumpir la ceremonia, al fin y al cabo nadie nos había invitado y tan sólo se trataba de un esclavo, que no son dignos de misericordia, o al menos eso se decía. Después de aquello hube de ser testigo de otras escenas parecidas, escenas que prefería obviar, lamentos que no quería oír: mujeres, casi niñas, arrancadas de sus hogares en el interior, golpeadas, obligadas a malvivir en covachas y a entregarse a la lascivia brutal de muchos hombres; corrillos de niños de todos los colores, negros, indios, criollos, hermanados por la mugre, unidos por la desesperanza y el hambre, revolcándose tras una rata salida del agua, profiriendo gritos de alborozo al atraparla. Yo miraba para otro lado porque quizás me recordaban a mí mismo. Todos sobrevivíamos como podíamos gracias al engaño, una dentellada a tiempo o un buen par de piernas. Costaba abrirse camino y llegar al final de la jornada, pero nosotros tres nos cubríamos las espaldas unos a otros y salíamos adelante sin reparar en nada más. La crueldad imperaba a sus anchas, y más valía estar avisados, una crueldad sólo superada por la impunidad con la que actuaban muchos en aquellas tierras sin más ley que la fuerza descontrolada de esos malnacidos a sueldo del Gobernador o de la Orden, que no hacían distinción entre nosotros y los bárbaros que apenas hablaban nuestra lengua cuando arreciaban sus desmanes.

Es tarea ardua resumir cinco años de vida, aunque la intensidad de éstos se reduzca al trabajo incesante en el almacén, tratando de apartar una moneda que otra para mi vuelta, idea que desde hacía tiempo me rondaba como un ave de mal agüero. Al fin y al cabo, aquel mundo no es muy diferente de este que abandoné con esperanzas, esperanzas que se desvanecieron bajo la misma tierra que sepultó a mi protector. Él no había alcanzado ningún sueño, si lo tuvo alguna vez. Cuando

se lo llevó la enfermedad era un hombre gastado, sin brillo en los ojos, y nada me hacía pensar que mi destino sería distinto. Panizo siguió junto a mí, aunque taciturno y distante como el primer día. Mi única compañía benefactora era La Negra. Aunque yo me procuraba el placer de muchas otras, ella siempre volvía y a veces se quedaba unos días y vivíamos como hombre con su mujer, una mujer menuda y morena que me igualaba en edad, o al menos eso decía ella, aunque sospecho que no recordaba sus años. Era mulata. Sin embargo, y extrañamente, a los ojos de los demás era oscura como un tronco quemado, y de ahí el impreciso apodo con que la bautizaron. Quizás todos vieran dentro de ella algo tenebroso que yo nunca supe vislumbrar. La Negra era una puta, sí, pero en su abrazo encontré cierto sosiego, aunque no me fiara de su palabra. Ella y el chico eran las únicas personas por las que sentía cierto aprecio, aunque el leproso también despertaba mi interés. Un buen día apareció en la plaza, a la caída de la tarde, arrastrando sus harapos y una cadena que hacía sonar para anunciar su presencia. Pronto aprendió a evitar el gran espacio de San Isidro y las acometidas de los soldados que custodiaban la entrada del templo, y encaminar sus lamentos a las callejas adyacentes, donde algunos dejaban una escudilla de agua o vino barato, media hogaza de pan duro, alguna verdura picada o restos de carne seca, y otros descargaban su ira contra él arrojándole fruta podrida, piedras y maldiciones. Yo me limitaba a observar su paso renqueante. Nunca pude ver su rostro, pero siempre sospeché que se trataba de un enfermo fingido, que su deformidad era inexistente, que no era un leproso del cuerpo, sino quizás del alma. Ya me rondaba la idea de abandonar aquel lugar, me sentía cansado y quizás empezaba a entender al de las cadenas, que supuse vivía a las afueras, purgando quién sabe qué pecado cerca de donde enterramos a Mendoza, en alguna choza o cueva donde se escondía de todas las miradas, de todo los desprecios, de su propia locura.

### 3

El miedo recorría el territorio, se sucedían malos tiempos de sequía y violencia, y la fascinación por ver surgir de la nada una nueva ciudad se apagaba en la mayoría de aquellos que llegaron albergando en el pecho una imagen de la tierra prometida. Yo mismo fui uno de ellos. Otros me siguieron, muchos me seguirán. Yo decidí que mi tiempo se había acabado, aquella tierra de promisión no tenía nada más que ofrecerme, yo en cambio se lo había dado todo. La llegada del nuevo año había traído consigo algunos casos aislados de muertes por enfermedad, que fueron más que suficientes para que el temor a una epidemia de ese mal que los indios llaman fiebre del venado desatara el pánico, y los orapronobis, las lamentaciones y el pillaje corrieran por la ciudad como pólvora encendida. A mí todo esto me reblandecía los huesos y decidí huir de nuevo.

El hombre que volvió era un hombre distinto al que se fue, lo que había visto había cambiado mi forma de ver y entender el mundo, que se resumía en una honda decepción y se traslucía en una parca indiferencia. Apenas pisé mi tierra natal ya corrían, entre los vecinos que me vieron crecer, rumores sobre mi fantástico cúmulo de riquezas, envueltos en leyendas de piedras preciosas y cofres atestados de alhajas doradas. Después de unos días de acoso y peticiones insatisfechas de historias y préstamos, mis paisanos se convencieron de que mi único tesoro era seguir vivo, y mi rechazo a recibirlos y el tono que empleé con ellos pronto les hizo perder el interés por el recién llegado que no quería aportar reales, diversión ni misterio a sus vidas llenas de escasez, humedad y tristeza.

Justina seguía siendo mi mujer, pero había perdido la juventud y el hijo que llevaba dentro. No le pregunté por ello, pero imaginé que después de mi partida su padre arregló el asunto con alguna vieja arrugada de la aldea que sabía cómo hacer desaparecer lo no deseado a cambio de un justo pago por su trabajo y su silencio. El tiempo y el rencor habían transformado a Justina en una mujer amarga, había permanecido sola durante diez años porque mi huida la convertía en una mujer casada y mancillada, ningún hombre se acercaría a ella a no ser que hubiera de por medio unas monedas y unas faldas levantadas. Supongo que no podía culparla por odiarme, así que no me negué cuando se vino a vivir a mi casucha, retomando lo que había quedado en suspenso después de mi fuga. A pesar de todo yo seguía siendo un hombre y necesitaba de compañía ahora que La Negra quedaba lejos, y no me opuse a este arreglo porque era lo más fácil, aunque no tardé en arrepentirme. La plata ahorrada allá y la experiencia acumulada en la mercadería fueron suficientes para iniciar un negocio. Me decidí a vender la carne de los animales que otros mataban tan sólo porque me ofrecieron un buen trato, y así comencé a recorrer la comarca de feria en feria, de romería en romería, con mi delantal de cuero curtido y mis cuchillos bien afilados arrancando piernas de cordero y recortando morros de puerco. Unos meses fueron suficientes para convencer a Justina de que era casi tan pobre como cuando nos abrazábamos en el bosque años atrás. Siempre creyó que yo volvería del Perú con un tesoro y quizás un título de tierras a mi nombre bajo el brazo. Todos daban por hecho que había estado en aquel lugar y yo no les contradije cuando algunos empezaron a llamarme El Perulero y otros, con menos sorna, El Indiano, yo respondía a todos con una mueca de disgusto, pero ella no quiso o no pudo renunciar a su sueño. En cambio compartía el lecho con un hombre callado, de mirada perdida, con falta de ambición y fortuna que despedazaba animales y no le dirigía la palabra más de lo estrictamente necesario. Estaba decepcionada porque su príncipe había vuelto abatido, sin una leyenda a su espalda que le diera lustre, y con un puñado de plata en vez de un cetro de oro.

Para mí la situación se fue haciendo cada día más insoportable, pasaba mucho tiempo deambulando entre los árboles que antes derribara, huyendo de los reproches constantes de una Justina que ya no disimulaba su furia, que me achacaba el origen de todos los males que ella padecía. Frecuentaba de nuevo la taberna, aunque pasaba de largo ante la puerta de la de mi suegro; con un enemigo en casa tenía bastante. Bebía hasta tarde, dilatando mi regreso, intentando no despertar a Justina, pero a veces me esperaba junto a la puerta con su ristra de improperios, con la que me fustigaba como si se tratara de una vara verde.

Mi ánimo resistió apenas un año a sus hirientes lamentos y aquella noche todo terminó enseguida, no le dio tiempo a gritar más que una vez, no le iba a permitir que me atosigase de nuevo con sus majaderías de esposa resentida y marchita. El vino de la tarde, que aún me agriaba la boca, le daba a mi cara el gesto preciso, le escupí lleno de hartazgo que era una loca, y que volvería a marcharme, esta vez para siempre, se agarró a mí, me arañó el cuello, que empezó a arder por su ataque y mi rabia, intenté desasir sus dedos de mi pelo, estaba mareado y quería que todo acabara, así que la golpeé y soltó un gemido, aunque seguía pegada a mí. Su aliento era amargo, la empujé con fuerza y cayó hacia atrás, se golpeó la cabeza con el suelo y por fin hubo silencio. Me senté a descansar, la cabeza me daba vueltas, por unos segundos deseé estar de nuevo en Buen Aire, junto al cuerpo desnudo de La Negra, agazapado en su cálido abrazo, pero se cernían sobre mí imágenes de indios con gargantas cercenadas, de enfermos con sangre reseca, de cadáveres que caían por la borda astillada de un barco, me tambaleé y mientras caía al suelo mis labios dejaron escapar un susurro: ¡Mendoza, ayúdame! Cerré los ojos y la calma de la noche me fue despejando la cabeza de alcohol y de dudas.

Aún no sé cómo lo descubrieron, quizás algún cabello suyo o un pedazo de sus dedos quedó entre los trozos de carne. Me fue más fácil venderla que desmembrarla. Teniendo en cuenta que se acercaban las fiestas de la Natividad muchos se acercaron al puesto a proveerse de un poco de carne para sus despensas. Dos días después, supongo que alertados por un comprador avisado y no satisfecho con el sabor o el aspecto de su comida, y por la ausencia de mi mujer, una multitud encabezada por el padre de Justina me cercó junto a mi casucha, como jauría tras jabalí. Eché a correr hacia el bosque empujado por el miedo que me produjo la visión, que me recordó a aquella masa enfurecida que se agolpaba alrededor del fuego purificador de la plaza de San Isidro. Sabía que mi vida pendía de un hilo. Al llegar al final de la tapia del cementerio, tropecé y caí golpeándome la frente con una piedra. La sangre inundó mis ojos y sólo tuve tiempo de oír el graznido de un cuervo y el vocerío que se acercaba a mis espaldas antes de perder el conocimiento.

Fue todo muy rápido, yo seguía aturdido y apenas acusé los golpes y las patadas antes de que me

alzarán bajo las ramas. Ahora estoy sereno pues todo ha terminado. Desde mi árbol, este roble que nunca fue herido por el hacha, observo los restos de mi ajusticiamiento. La cuerda sigue amarrada a esa rama fuerte y ancha, cortada en su extremo, donde se balanceó mi cuerpo, que ahora reposa bajo tierra, en una estrecha fosa sin señales tras la tapia del cementerio, fuera del sacro recinto. No importa. Esos perros de corral ya tienen lo que querían, una leyenda, una historia que contar bajo la tormenta, ese será mi legado. Volver no fue un error, allí no me hubiera llorado nadie al morir, ni siquiera La Negra, aquí tampoco llora nadie por mí, pero los niños corean mi nombre en sus danzas inocentes, sin saber que les observo con una sonrisa desde la copa frondosa, escuchando sus cánticos infantiles: Antón, Antón, Antón Perulero / mató a su mujer, la partió en pedazos, / la sacó a vender por cuatro dineros. / Antón, Antón, Antón Perulero / La gente decía ¡Ah, qué buen carnero! / y era la mujer de Antón Perulero / Antón, Antón...